

argüirse en el caso de la "Atlántida", de Manuel de Falla, pero mientras que el caso de Verdaguer se refiere a algo más esotérico el texto de Alavedra no es tan extraordinario como para justificar el uso del catalán.

Y pasemos ahora a la música. Mucho se había hablado antes del estreno del carácter pastoral de la misma, pero lo que este crítico no esperaba fue la inmensa mezcolanza de estilos que desfilaron a lo largo de la obra. Wagner se enseñoreó en grandes fragmentos a través de Lohengrin, Tannhauser, Sigfrido, Maestros Cantores, Tristán y Parfai. Cada una de estas óperas —a pesar de ser muchas— se vio representada en el "Pesebre", y no precisamente con armonías que las recordaran, sino con algo más. Pero las influencias no terminaron allí. Handel, Mendelssohn, Brahms, Schubert, Schumann, Grieg y hasta Elgar hicieron apariciones esporádicas en un desfile que abarcó los treinta números (perdón, veintinueve, ya que uno de ellos fue suprimido en la interpretación).

La primera parte de esta obra se hizo interminable a los oídos de quien esto escribe, pero ya conociendo de que se trataba, decidió pasarlo lo mejor posible en la segunda parte, sin preocuparse mayormente por los lugares comunes y por que tal o cual frase perteneciera a "Tosca" o a "Adriana Lecouvreur".

Terminada la interpretación, muy buena por parte de la orquesta, aun cuando los cantantes no parecieron estar en una noche feliz (con excepción de Carlos Cossutta, la soprano Olga Ilgesias, de excelente intervención, y del niño Carlos Slivskin, a quien se le hizo gritar más allá de sus posibilidades, a los demás casi ni se les oyó o cantaron mal), el público volvió a demostrar su entusiasmo por Casals, la figura legendaria, el ilustre violoncellista, el hombre de la paz. No creo que esos aplausos hayan ido al "Pesebre" ni a Casals compositor. Por mi parte hubiera cambiado toda esa noche por haber escuchado a Casals interpretar tan solo en violoncello uno de los números de alguna Suite de Bach. ♦

notas bibliográficas

LEONARDO CASTELLANI. — "El Evangelio de Jesucristo". — 3ª edición levemente corregida y aumentada). — Theoria, 1963. — 485 páginas.

¿Quién no conoce a Ducadella? Los argentinos que no leen bazofia lo admiran. Don Leonardo es el desintoxicador de la tilingüería porteña, el antídoto de esos nuestros "autores ingleses que escriben por casualidad en castellano" (cfr. "Dinámica Social", 1954) o "que se van a los suburbios a blasfemar" (pág. 478).

Y en medio de la "ciudad turulata, la del circo, la gusanera y la gente", grupos de cristóbales hurgan religiosamente las revistas —de la desaparecida "Mayoría" a la desigual "Dinámica"— en busca del último escrito del "ermitaño urbano" de la Avenida Caseros. Porque Castellani es periodista. Pero un periodista que lee y estudia tan benedictinamente hoy, con sus años de sacerdote, como en aquellos lejanos veintitantos en que firmaba "Juan" para la Revista del Salvador.

Toda la vida de Castellani parece la respuesta divina a la oración de la india vieja en "Los Muertos" (Cuentos del Norte Bravo): "El que estás allá arriba para qué me has puesto aquí abajo si no puedo hacer bien denguno. Para eso sería mejor volverse piedra como esas piedras".

Pero nuestro querido Padre E. U. no se ha vuelto piedra. Ha llevado hasta el fin, penosamente —honor, onus— su testimonio. Tuvo una vez, para no morir de hambre, que ejercer su viejo siempre nuevo oficio de periodista, reportando cada domingo al Cristo. Y así nacieron estos Evangelios, ese "libro excepcionalísimo y sin igual en lengua castellana" —Furlong, S. I., gran bibliófilo, dicit— en donde nuestro Kirkegor criollo aúna la galanura, precisión y originalidad de su estilo —¡Jerónimo del Rey al fin!— con la sabiduría y solidez científica de quien ha vertido en odres propios la bodega cultural europea.

Este libro es el fruto del injerto de una cultura —rara avis inter nos— exquisita en un talento profundo, con chispazos de genio. En él no sabemos qué admirar más: si la ingeniosidad y pureza de su estilo, espolvoreado con "motitas de pimienta de Cayena" (cfr., pág. 293) o la maestría del viejo crítico literario con sus digresiones y excursus, aquilatados por el sello del poeta, o la ciencia bíblico-teológica, fruto de 30 años de estudios (pág. 438), tamizada de jerga periodística criolla, o la exquisita alma cristiana del autor, homo naturaliter religiosus.

Castellani no sucumbe a la tentación erudita: no hace sociología ni economía política (que para eso da y mucho más). ¡Sabio recuerdo para tanto predicador que habla "a propósito" del Evangelio y no "del" Evangelio.

Sería de no acabar si nos pusiéramos a señalar los aciertos y bellezas de esta obra, que ha acercado a la fe a tantos incrédulos. Permítasenos, sin embargo, señalar tres de sus grandes méritos:

- exponer al público, por primera vez en la Argentina, en forma clara y científica, los descubrimientos y conclusiones definitivas del P. Marcel Jousse, S. I., sobre el "estilo oral rítmico y mnemónico" en el que fueron difundidos y escritos los Evangelios. El estilo oral es la clave de la cuestión sinóptica;
- hacer conocer en el país la "Concordia Evangélica" del salesiano alemán Johann Perk, considerada la más acertada de las hasta hoy intentadas;
- presentar agradable y concisamente una

sabrosa introducción y resúmenes finales (los milagros, la doctrina, las parábolas, la Iglesia), con los que logra atraer a los lectores del "Reader's" y a nuestra descastada "intelligentia" universitaria a problemática tan trascendental.

Pero vayamos a los supuestos lunares. Se le ha criticado el enmendarle la plana a los grandes comentadores, desde S. Agustín (v. gr., p. 235; 284) hasta Maldonado (passim). ¿No es legítimo rectifique la puntería quien, tras asimilar varios siglos más de saber, se sube a los hombros de esos gigantes?

Espíritus mojigatos se han escandalizado porque "introduce chistes en la Escritura". Pero, ¿caso el mismo Xto. no usó de la ironía? (cfr. p. 231, 238, 476 y en "120 Parábolas", p. 297). ¿Y San Agustín no hacía chistes? (p. 439).

En realidad, el humorismo "trascendental" del P. Castellani nos acerca a Xto. Es el humorismo del "hombre religioso" hablando al hombre ético y al estético. Porque Castellani es, ante todo, y sobre todo, sacerdote.

Una vez ya lo dijo: "No soy digno de haberlo sido; pero ya hecho, la sagrada sotana se me ha vuelto piel". (Canción del corazón corajudo). Y el "cura loco" lo firmó con su sangre.

Alfredo Sáenz, S. J.

LEONARDO CASTELLANI. — "El Apokalypsis". — Ediciones Paulinas, 1963. — 390 páginas.

"Muchos fieles dan en asustarse del Apokalypsis, y algunos sacerdotes dicen no hay que leerlo porque no se entiende nada; más aún, uno dellos muy famoso, vino a verme y me dijo: 'No estudie el Apokalypsis, porque todos los que estudian el Apk. se vuelven locos o herejes'. No le contesté nada. Me contenté con quedarme en la compañía de por lo menos un centenar de Mártires, Santos, Doctores, Pontífices, Confesores, Grandes Escritores y Grandes Teólogos que HAN ESTUDIADO el Apk. Loco con Newman y hereje con San Ireneo, no es tan mala suerte. Prefiero ésa a ser "muy famoso" en la Argentina" (p. 339).

Esta traducción del griego y comentario literal del Apokalypsis es el colofón de la literatura apocalíptica —fruto de su experiencia religioso-profética— de nuestro siempre único P. Castellani. (1950: Cristo vuelve o no vuelve?); 1954: Los papeles de Benjamín Benavides; 1956: Su Majestad Dulcinea; 1959: Traducción y postfacio de "El Señor del

Mundo" de Benson, 1962: Traducción y notas de "La Iglesia Patristica y la Parusia", de Alcañiz).

La literatura apocalíptica es unipersonal entre nosotros. Castellani es el único estudioso serio del "librito sagrado" en la Argentina (cfr. Caturelli: "El hombre y la historia").

Pero estamos tan acostumbrados a la bazofia y los refritos que la aparición de lo nuevo, original, fruto de largo "estudio y meditación", enmudece el eco de la crítica, como le pasa a muchas revistas de "cultura católica".

Porque digámoslo con todas las letras: Castellani es el único grande "escritor religioso" argentino, según lo entendía Newman: el que vuelca en sus obras su propia experiencia religiosa. Lo que escribió con tinta —dijo de sí mismo— "ahora lo firmo con sangre".

Y quizás sea también el único difusor del Evangelio en el ambiente más difícil de penetrar: el intelectual, por lo general a— o anti-religioso. ¿Qué domine de teología en el país ha merecido de sus obras, de boca de un agnóstico como Ernesto Sábató, un "me parece extraordinario!" como nos dijera del "Evangelio de Jesucristo"?

El es nuestro "prefipecuenpoteólogo" que dijera alguien aludiendo a sus diversos "oficios" (predicador, filósofo, periodista, cuentista, poeta, teólogo). Y sin embargo se dijo que en sus 33 años de escritor sólo tocó tres temas: el orden de la sociedad; la corrupción de las instituciones y el fin apocalíptico de la historia humana. Nos parece más acorde con la "Suma castellani" la clasificación en siete leimotivs que propone Luis C. Vizcay: exposición del verdadero carácter de Cristo —odio al Fariseo— anuncio de que la Parusia es un misterio de Fe— el orror de los "necios con poder"— los tres estudios de Kirkegor (estético-ético-religioso)— el amor a la Patria y a los padres, origen del furor contra los macanadores y refriteros —lo difícil que es respetar y obrar lo bueno hoy día y tener talento.

En este su último libro, nuestro Kirkegor criollo, que ha bebido la ley de su vida en la Escritura —al estilo de los argentinos viejos, que como Quiroga, sabían la Biblia de memoria— envuelve su ciencia y erudición exegeta de los poetas-profetas —Jeremías, S. Juan— debe ser un poeta; y Castellani lo es, "maguer sea segundón", dice de sí mismo (p. 251); y todo buen poeta se construye su propio lenguaje (cfr. p. 320), y el dominio de la lengua, adivinamos detrás de cada línea la suma de lecturas y horas

de meditación, como el mismo dijera de su "Evangelio de J. C."

El eje de divergencias de interpretación de Apokalypsis gira sobre esto: es una profecía o no lo es. El Apk es Profecía, pues su nombre significa "Revelación". Pero los alegorizantes racionalistas modernos insisten en hacerlo un libro enigmático, indescifrable, dado a la Iglesia para no ser entendido nunca; o sea, lo contrario de una revelación. Así, con alegorismos, mitologías, moralismos, evacúan al libro de todo valor profético. El alegorismo no es exégesis, sino fantasía; hace de la Biblia una literatura. "Le dan cien sentidos a la Escritura, lo que es decir que no tiene sentido" decía ya Newman el siglo pasado (cfr. pág. 173 y *passim*, las graves censuras a la obra del P. Allo).

Castellani, discípulo de los Stos. Padres y entre los modernos de Billot, Rosadini, Pieper, Newman y Holzhauser, llama "nuestra" y no "mío" a su interpretación: sobre la base fundamental de la escuela eschatológica une los valores de las otras interpretaciones: histórica e histórica restringida; y abre decidida lucha contra la escuela alegórica.

Los cuatro principios rectores de la exégesis eschatológica del Apocalipsis son:

1. Es una profecía.
2. Ley de San Agustín: el Apk. "totum tempus Ecclesiae complectitur" págs. 84-221-335).
3. Método del hagiógrafo: la "recapitulatio" (p. 73-76-100).
4. Doble sentido literal: "Nada impide que un mismo texto de la Escritura tenga a la vez DOS sentidos literales". (Sto. Tomás); p. 261-382'.

En resumen, para Castellani, "si se tiene sinceramente que la Biblia es "la palabra de Dios", entonces hay que aceptar que su sentido literal responde a "cosas", que son tan grandes O MAS de lo que suenan las palabras; que esas cosas no se han verificado todavía muchas de ellas; y que se habrán de verificar; y por cierto PRONTO, como dice siete veces Juan Apokaleta. La "palabra de Dios" no puede ser un centón de metáforas extravagantes y adivinanzas desafortunadas de unos pobres rapsodas orientales a medio civilizar. Blasfemia es esto. Mas "Spiritu Sancti inspirati locuti sunt Sancti Dei Homines" (p. 297).

Castellani insiste a todo lo largo de su comentario que el Apk. es un libro de esperanza y no como dijo "un impio argentino", "el blasfemador oficial de la Argentina" (p. 120; cfr. nota p. 319), que es un libro "de amenazas feroces y

júbilos atroces". "Ha leído mal, si es que ha leído el libro. Blasfemat quod ignorat" (p. 77).

Alguien dijo que para Castellani la forma de su esperanza es la Parusía, como lo es la mujer para el poeta ("Estudios", enero 1961). Pero ella es la esperanza no sólo del Ermitaño Urbano de la Avda. Caseros, sino de todo cristiano, pues, como enseñó Billot, "basta abrir un poco el Evangelio para reconocer enseguida que la Parusía es verdaderamente el Alfa y la Omega, el comienzo y el fin, la primera y la última palabra de la predicación de Jesús: que ella es la llave, el desenvolvimiento, la explicación, la razón de ser, la sanción; que es, en fin, el acontecimiento supremo al cual se refiere todo lo demás y sin el cual todo lo demás se derrumba y desaparece".

Hoy en día se teme hablar de la Parusía o se la olvida por sus "ersatz" del Progreso Indefinido, la Técnica, la Ciencia, la Evolución... (cfr. el desazonante "L'Homme contre lui-meme" de Marcel Clément, Itinéraires, 1962, París).

Pero "Cristo debe volver. Debe volver pronto. Y a medida que su retorno se aproxima, por fuerza se deben hacer más claras las Promesas de sus Santos y las Visiones de sus Videntes. Volverá no ya a ser crucificado por los pecados de muchos, sino a juzgar a todos, no como Cordero de Dios, sino como Rey del Siglo Futuro. Volverá para poner a sus enemigos de alfombra de sus pies, a restaurar y restituir para su Padre de todas las cosas, arrojado de ellas y amarrado el Príncipe de este mundo; volverá en el clímax de la más horrenda lucha religiosa que han visto los siglos, en el ápice mismo de la Gran Apostasía y de la tribulación colectiva más terrible después del Diluvio, cuando sus fieles estén por desfallecer y esté por perecer toda la carne. Volverá "Vincens ut vincat", como un rayo que surgiendo de Oriente se deja ver en Occidente, para arrebatarse a él en los aires a nosotros los últimos, los que quedamos, los reservados "in adventum Domini", que hemos sufrido más que Job, creído más que Abraham y esperado más que Simeón y Ana" (p. 90-91).

En un reportaje en 1956, Castellani nos anunciaba que ya tenía comenzado un comentario al Apocalipsis. Hoy, ha cumplido su palabra.

Ahora nos anuncia ("Patria libre", 7-1-1964) la traducción y "notas sensatas" al Nuevo Testamento. ¿Quiera Dios que pronto lo tengamos! pues como escribió él hermosamente en exordio a las "Parábolas":

"Un buen libro es un don de Dios, pues todo lo bueno, y más en lo espiritual, tiene que venir del Padre de la Luz; y mientras está siendo escrito, hace olvidar al autor la pesadez de la vida. Pero todavía tiene que ser fecundado por el Dador de la Luz en el alma del lector; para el cual, Dios se ha encarnado, y el autor de este libro —puesto el hombro a su cruz, ante la Cruz de Dios— continúa aprendiendo Teología".

Y esto lo decimos de todo libro del P. Castellani.

Alfredo Sáenz S. J.

AMERICO GHIOLDI. — "Libertad de Enseñanza. — Universidad de Buenos Aires. — Facultad de Filosofía y Letras, 1961. — 336 pp.

Siempre hemos tenido en alto concepto la labor intelectual del doctor Ghioldi, pues ella nada tiene de improvisada y está basada en una admirable lógica y expresada con dicción tan sencilla como perspicua; pero la obrita que reseñamos ahora, aunque dotada de iguales calidades, no es digna de quien tiene un concepto acertado y ecuaníme de lo que debe ser la libertad. Creeríase que para él, como para tantos otros argentinos, atraídos en sus opiniones o dominados por imposiciones partidarias, la libertad está bien repiqueteada en nuestro Himno Nacional, pero de allí no ha de pasar.

Tanto es así en el presente caso que mucho mejor que "Libertad de Enseñanza" cuadraría a esta publicación del profesor Ghioldi el título de *Esclavitud de la Enseñanza*. Como buen republicano descarta a los reyes, pero como mal republicano inventa el peor de los reyes, y a este rey-mito otorga todo, y mucho más, que los aulicos de otrora otorgaban a los monarcas. Para él el Estado es todo, ese Estado, sumido en el anonimato, sin obligación de responder de sus actos y que en caso de tener que responder, cuenta con todos los secretos para salir triunfante, es el Rey Sol que el autor adora. Niega, a lo menos implícitamente, que toda nación tiene el derecho de que el Estado sea su dependiente, ya que el Estado es para la nación y no la nación para el Estado. Pensar de otra suerte es ser monárquico de muy mala ley, no republicano.

Sostiene por otra parte el Estado neutro y el maestro o catedrático neutro, que no son sino dos formas de irracionalidad, ya que el hombre normal afirma, niega o duda, porque piensa, y ante la realidad que le interroga, no declarará en huelga el entendimiento.

Para el profesor Ghioldi el Estado es todo, y hay que postrarse ante él y como ante otro dios Mcloch, que todo lo devora, y eso aún en las cuestiones que más interesan al hombre. Ante ello, ese Estado ha tomado una postura neutral y hasta declara ignorar la verdad en religión, en moral, y por tanto en los fundamentos mismos del Derecho, y no obstante paralizarse el mismo Estado en cosas tan trascendentes declarándose así inepto para gobernar quiere gobernar sin restricciones y sin cortapisas algunas.

Si los reyes absolutos podían equivocarse también el sufragio popular puede equivocarse porque nunca es la verdad, ni es el bien una cosa que manifiesta ni se profesa por la voluntad. El bien y la verdad son categorías permanentes de razón y para saber si se tiene razón, no basta preguntar al rey, cuya voluntad para los partidarios de la soberanía absoluta era siempre justa, ni basta preguntar el pueblo, cuya voluntad para los rousonianos, es siempre acertada, sino que hay que ver en cada instante si nuestros actos y nuestros pensamientos están de acuerdo con una aspiración permanente.

¿No fue Nietzsche quien, en términos geniales, dijo que "donde comienza el Estado, allí termina el hombre?" Curiosa mentalidad socialista-liberal es la que campea en todas estas páginas, y el error gravísimo del socialista y del liberal es no dar importancia sino a las cuestiones de gobierno, que comparadas con las de orden religioso y social, no tienen, según ellos, importancia alguna, y el hecho es tanto más errado y es tanto más inexplicable por cuanto la instrucción pública, desde la primaria hasta la universitaria ha sido y es el más espantoso de los desastres. Eso, sin embargo, se niega o se oculta.

Con un conocimiento nada vulgar de la legislación escolar, se empeña el doctor Ghioldi en sostener el monopolio estatal, y canta loas al remache de cada nuevo eslabón en la cadena con que está esclavizada la nación, pero ¿qué importa si así sale ganando el Estado?

Hay un perfecto paralelismo entre lo que fue, y es, la educación estatal y el Ferrocarril estatal: un río de oro que se va, una cultura en el un caso, un tren en el otro caso, que no va, y que encuentra cada dos por tres su Alpatacal de ayer o su Altamirano de hoy. Nuestra incultura es ciertamente pavorosa y peligrosísima, ya que su superficialidad es tal que solo conduce a la soberbia personal y al desdén de los demás, y, a la postre, de la misma Patria.

Se refiere el autor a "las inmortales creaciones de nuestra política educacional" (p. 11), pero ¿cuáles son ellas? ¿Quién las ha visto? Hace poco que, con relación a nuestros Ferrocarriles hubo quien declaró que eran un éxito, y a los pocos días hubo quien puso de relieve, con estadísticas fehacientes, el terrible descalabro de los mismos. Tantos miles de millones de pesos para que haya quienes escriban malas palabras en las paredes y lean noveluchas impúdicas y algunos lleguen a sacar un título con tan poca ciencia como con abundante afán de enriquecerse a prisa, no es por cierto algo de que puede gloriarse la escuela argentina, ni el Colegio argentino, ni la universidad argentina.

Curiosamente escribe Ghioldi que "la cuestión de la libertad de enseñanza no es simplemente asunto de legislación o de interpretación de un texto jurídico... sino "expresiones de la controversia entre el Estado democrático (sic) y la tendencia teocrática, que adquiere su pleno significado, si se la vincula con el secular progreso de la laicización, que comienza con las primeras decisiones sobre patronato adoptadas por la Junta de Mayo de 1810...".

Lamentamos que un hombre de las prendas del profesor Ghioldi no comprenda el estrecho vínculo que une entre sí las cosas divinas con las humanas y el enorme parentesco que tienen las cuestiones políticas con las sociales y las religiosas, y la dependencia en que están todos los problemas relativos al gobierno de las naciones con aquellos otros que se refieren a Dios, legislador supremo de todas las asociaciones humanas.

Creemos haber expuesto en lo que llevamos dicho, lo más equivocado de esta monografía del doctor Ghioldi, sin bajar a pormenores, en los que también nos veríamos constreñidos a disentir con él. Y disentimos de lo que escribe a propósito de la Constitución Nacional: ella "rechaza la idea de adoptar un dogma y una iglesia, y hacer obligatoria para todos los habitantes la sumisión y obediencia a una filosofía y a una institución eclesiástica; en materia tan fundamental se limita a establecer que el gobierno federal sostiene el culto católico, apostólico, romano". En otras palabras, proclama el laicismo en las instituciones.

Este aserto no está fundado, antes es bien fácil probar que está en las antípodas de la verdad: sostiene el culto católico; exige que el Presidente de la Nación sea católico, apostólico, romano y todo ciudadano puede aspirar a ser pre-

sidente; dispone que se reduzcan al cristianismo, a los indios que aún subsisten, y esas prescripciones constitucionales bastan y sobran para poner en evidencia lo contrario de lo que sostiene el Profesor Ghioldi. Hasta un juriconsulto de la envergadura de Rodolfo Rivarola, no obstante su conocido liberalismo, reconoció lo religioso y lo cristiano y católico de nuestra Constitución y cuán anticonstitucional era la interpretación laicista del artículo 89 de la ley 1420.

"¿Cómo se dará conocimiento obligatorio de cuanto la Constitución ha dispuesto con relación a la religión y al culto, si no se da conocimiento de lo que es el culto católico Romano, cuyo sostén el artículo 2, pone a cargo del gobierno federal? ¿Qué es el culto? ¿Cuál es el católico y qué significan las palabras "apostólico romano"? ¿Qué es el culto, cuya libertad asegura el artículo 14? ¿Qué significado tiene la palabra Dios "a quien está reservado el juicio sobre las acciones privadas de los hombres, que no ofenden al orden y a la moral pública? ¿Qué es el catolicismo, al cual deberán ser convertidos los indios?... Las religiones son un hecho histórico y, a la vez, un hecho social, una realidad actual; mantener absoluta ignorancia sobre ellas, deliberadamente, y a título de enseñanza laica, equivale a poner la ignorancia como capítulo práctico de un plan de estudios... La laicidad no es, ni debe ser, ignorancia, ni aun cuando se realizase una separación absoluta (la existente es sólo parcial) entre el Estado y la Iglesia. La religión es un hecho y la ciencia se ocupa de hechos y de sus relaciones. ("Revista del Profesorado", julio-agosto de 1925, p. 221).

El mismo doctor Rivarola, al comentar la Constitución, no trepidó en estampar esta expresión: "Visto con serenidad de lógica y desprendimiento de prejuicios, tan comunes en este asunto, no puede justificarse la supresión efectiva de toda enseñanza, instrucción o mera información (religiosa) en la instrucción pública". ("Enciclopedia de la Constitución Argentina", Buenos Aires, 1939, p. 274).

Al estudiar el doctor Máximo Gómez Forgues la invocación religiosa, que se halla en el Preámbulo de nuestra Carta Magna, en la que se implora "la protección de Dios, fuente de toda razón y justicia", escribe que esa sola expresión excluye de la Constitución la nota de "laica", ya que "considerada la Carta como unidad arquitectónica, el Preámbulo hace las veces de pórtico en el cual se han esculpido los grandes objetivos que de-

terminaron la erección del edificio. El Preámbulo es el anticipo y el resumen de los principios desarrollados en el texto. En la exégesis constitucional a menudo se olvida o se subestima el valor y la función del proemio para la interpretación del instrumento legal. Sin embargo, no es un apéndice inútil, ni un mero agregado carente de finalidad práctica. El texto, armonizado con el Preámbulo provee la regla completa para el contraste constitucional de las demás normas legales. Así, una ley violatoria del texto no puede ser defendida con la invocación de un propósito del Preámbulo. Pero puede suceder, que una ley, sin oponerse a ningún artículo en particular, resulte sin embargo inconstitucional por ser repugnante a uno de los enunciados capitales del Preámbulo.

El reconocimiento de una realidad trascendente —la de Dios— y de un orden objetivamente justo —por lo que es en sí mismo y no porque la ley lo instituya—, hace incongruente una actividad legislativa o una filosofía política que tienda, mediata o inmediatamente a la eliminación de la idea de Dios del ámbito social, tal como lo quiere el laicismo.

"Entre la Constitución que afirma la que no admite que las instituciones ofite nacional y colectiva en Dios, fuente de toda razón y justicia, y el laicismo que no admite que las instituciones oficiales manifiesten creencia alguna, y que pone la fuente u origen de toda razón y de toda justicia en el hombre, o bien en un orden inmanente y automático, que nada tiene que ver con Dios, existe una contradicción absoluta y una incompatibilidad total. El laicismo es inconstitucional". (Monseñor Gustavo Franceschi, "La religión y la enseñanza", en *Criterio*, Buenos Aires, 1940, p. 296).

El laicismo "no condice con nuestra Constitución, ni tampoco con la norteamericana", afirma el doctor Faustino J. Legón, y observa que la de los Estados Unidos no niega al Estado su papel en lo religioso, sino que, a causa de la heterogeneidad religiosa de los diversos Estados, deja a éstos la regulación de los asuntos religiosos. "Así lo ha hecho, agrega Legón, llegando en algunos casos a sancionar el ateísmo como causa de incapacidad política. En cuanto al mismo Estado Federal, que se ha definido siempre religiosamente cristiano, por ley del año 1941 ha oficializado la fiesta de Acción de Gracias (49 jueves de noviembre)". (Faustino J. Legón, Palabras previas, en "la enseñanza laica frente a la Constitución Nacional", por M. I. Gómez Forgues, Buenos Aires, 1949, p. 10).

Si en este punto, y en tan buena compañía, como es la de Rodolfo Rivarola, Gómez Forgues, Franceschi y Legón, disintimos del doctor Ghioldi, con iguales testimonios y pruebas de igual probanza podríamos exponer nuestro disenso con casi todas las aseveraciones que hace este profesor.

O hay sectarismo, no hay mistificación, antes hay sinceridad, pero rota la unidad nacional desde 1884 y envenenada la convivencia de los argentinos, a causa de la "Ley de la desgracia nacional", como llamó Avellaneda la ley 1420, ya no somos un pueblo sino varios pueblos. Hablamos idiomas tan diversos que ya no nos entendemos. La confusión es total y sus consecuencias para la Patria han sido y son terribles, y serán aún más terribles.

Guillermo Furlong S. J.

ALDO E. SOLARI. — "Sociología rural latinoamericana". — Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1963. — 92 páginas.

La sociología rural, como rama especial de la sociología tiene aún poco desarrollo, a pesar de que en ciertas naciones constituye el más antiguo saber sociológico. Esta premisa, válida para la mayor parte de los países del mundo se agrava cuando se dirige la mirada al saber sociológico latinoamericano. Aquí, no obstante que los problemas rurales constituyen uno de los más graves para la mayoría de los países americanos, la labor sociológica, está excesivamente retrasada. La ausencia de estudios sistemáticos sobre la sociedad rural latinoamericana incide, en primer lugar, sobre el grado de desarrollo de la propia disciplina, y en segundo término, sobre los estudios de tipo político y social. En estas condiciones ¿es posible elaborar una sociología rural latinoamericana?

El autor de este libro, como especialista en el tema, no desconoce estas limitaciones existentes para realizar ese estudio, más sobre ellas y aún a pesar de ellas, se ha propuesto elaborar las líneas generales y las características esenciales de una sociología rural latinoamericana. De esta manera, la labor que se ha propuesto Aldo E. Solari constituye una aproximación al tema o, cuando más, un intento de indagación general sobre el tema, en espera de que nuevas investigaciones llevadas a cabo en las áreas rurales de cada país, permitan ajustar, rectificar o ratificar el esquema inicial.

Mientras tanto, es cierto que hay en latinoamérica elementos suficientes como para hablar con propiedad de la existencia de una sociedad rural claramente diferenciada de la sociedad urbana. El continente americano no está constituido por un solo tipo de sociedad rural y este hecho se repite en cada país, donde no es raro hallar dos o más variedades de sociedades rurales. Estas dificultades no pueden ser vencidas sino a través de estudios minuciosos de cada región que ofrezcan una descripción completa del medio rural. Hasta tanto ello no suceda, trabajos como el de Solari constituyen sistematizaciones provisionales, aunque valiosas para comprender la problemática del tema.

En su afán de ofrecer un cuadro general de la situación rural, el autor ha efectuado una puntualización de aspectos sociales insistiendo, a nuestro modo de ver excesivamente, en aspectos económicos, los cuales si son importantes para comprender el cuadro general no bastan por sí mismos para explicar todos los hechos sociales. El autor sigue así el método de reintegrar o reinterpretar en la sociología rural los datos provenientes de otras disciplinas.

Los breves capítulos de este libro —problemas demográficos, explotación de tierras, clases sociales, educación, cambio social— dentro de su brevedad, ofrecen una visión palpitante de los problemas que padece en la actualidad la sociedad latinoamericana enfrentada con su destino. Y tras los problemas, las encrucijadas que asoman a cada paso como un dilema y un desafío constante para los que tienen la responsabilidad de establecer la justicia, el orden social y el desarrollo en función de una vida más humana.

Este libro es un valioso aporte para esa rama de la sociología especial que se llama sociología rural, pero es, asimismo, una valiosa contribución para ver desde el ángulo especial de esta disciplina, el angustioso panorama social de latinoamérica.

Néstor Tomás Auza

JUAN PINTO — "El Girasol Rojo" — Diez Cuentos Fantásticos y un Intermezzo. — Ediciones "Surga" — Buenos Aires, 1963.

En esta nueva entrega, bellamente presentada, Juan Pinto expone, con elegancia formal y modernidad de estilo, su concepción cosmovisional de numerosos

problemas que agitan el espíritu del hombre de nuestro tiempo.

Poeta, ensayista y crítico de la literatura argentina, Juan Pinto ha dado hasta el presente numerosos libros en los que desfilan, testimonialmente, problemas literarios y filosóficos, a los que el autor ha consagrado su fecunda existencia. Ocho poemarios, en los que el tono adecuado a nuestra edad literaria, se complementa con un vocabulario significativo y con la permanente inquietud vital que alienta en todas sus páginas, se alternan en la obra de Pinto con sus "Panorama de la literatura argentina contemporánea", "Breviario de la Literatura Argentina con una ojeada retrospectiva" y "Literatura Argentina del Siglo XX", además de su ensayo sobre la obra de Jorge Enrique Ramponi; obras en las que Pinto siempre sentó una posición humanístico-social, junto a la exposición de motivos estéticos.

"El Girasol Rojo" constituye una muestra de habilidad múltiple, pues en sus páginas se congrega la atracción narrativa, junto a una exposición de problemas fundamentales que, de la preocupación del autor, se trasladan a la del lector que participa así, por vía del gozo estético de lo que se relata, de hondos dilemas filosóficos. En la carta-proemio, dirigida a D. Miguel de Unamuno, Pinto define la indefinición de los sistemas: "Los sistemas son cajas en las que hay que meter un cuerpo, y no creo que haya uno solo de esos cuerpos que no haya tenido que entrar con un calzador". Fuera de esa concepción, en la que puede o no coincidir, Pinto cumple rigurosamente su intención de ofrecer sistemáticamente su pensamiento; el tema del misterio absorbente —y los categóricos forman parte intensa en la obra de Pinto— vuelve constantemente en las líneas que describen los cuentos de "El Girasol Rojo". Podríamos llamarlo determinista, en cuanto al determinismo sea considerado como una explicación de causalidad de todas las acciones humanas. "Tal vez porque así estaba escrito en las estrellas", había anotado Pinto, en una visión de fatalismo. Pero ese fatalismo no es permanente. "Y fui libre por la luz", nos dirá luego. Como también dirá: "Sufra su corazón... (...) su sangre será sangre de resurrección". La búsqueda de Dios es otra de las constantes que determinan la temática del libro. Dios está presente en casi todos los cuentos. No un Dios-personaje, antropomórfico, en alguna medida figurativa, sino una idea impresencial, que se resume en aquella

causalidad que hemos señalado, antes. En ocasiones, la visible necesidad redentora que preocupa a todas las páginas del libro, se instala en contrarios; es decir, en afirmaciones a contrario sensu, como la de "todo está contenido en el tiempo y en el espacio", que permite al lector el necesario margen de pensamiento para su ubicación.

Pinto emplea en estas páginas un estilo de alucinante interés para el lector. La construcción directa, en la que las proposiciones siguen un curso alternativo —(mayor-menor-mayor)— se alterna con epicentros de reanimación; en el cuento "Bettina Carfol", por ejemplo, comienza: "El problema de Saulo Denis era uno de esos problemas que un hombre debe resolver sin ayuda de nadie". Luego, la trama se desenvuelve en una línea ascendente, en la que las interrupciones sólo se emplean para volver al planteo de ciertos problemas esenciales (reflexiones sobre la cotidianidad del hombre, premisas filosóficas acerca de la posibilidad de los presentimientos, como así también una interesante exposición de la teoría transmigratoria) tras de lo cual se reintegra el curso narrativo. Pinto logra así una acertada dosis de ensayo-tesis dentro de la narrativa, experiencia erizada de dificultades, y de la que el autor emerge con maestría. Puede disentirse con algunos de los planteos de tesis que expone Pinto; o más bien, con sectores de los mismos, pues uno de los no menores méritos del libro es el de que los personajes se entregan a las reflexiones, algunas veces dialécticas, como en el cuento ya mencionado, dejando el autor libertad de interpretación. Pero aún así, se reconocerá que "El Girasol Rojo" es uno de los textos de la literatura argentina contemporánea más ricamente elaborado; en el que los símbolos de formas, colores, números, las señales agónicas y las presencias míticas, son manejadas con mayor habilidad y conocimiento. Debemos, finalmente, detenernos también en las imágenes, de las cuales resultan más frecuentes las visuales-cromáticas. La misma del girasol rojo; la de "paredes altas de color sepia con ventanales azules iluminados", empleada en "La Rosa absoluta" y que recoge el bello símil de la sangre, confirman la tendencia pánica del libro, en el que se aúnan muchas de las mejores tradiciones literarias.

"El Girasol Rojo", ampliamente recomendable obra de Juan Pinto, obtuvo el Premio Municipal para obra inédita de 1953.

Alberto Blasi Brambilla